

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Omar Trinidad

“Piramidal funesta: ascenso al Pico de Orizaba”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 67, enero-marzo de 2024, pp. 19-20.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La incesante búsqueda, y no el hallazgo, sostiene en gran medida nuestra espiritualidad; el perseguir lo que se escapa, lo que de todos modos se olvida. ¿A qué sitio iremos a buscar los dioses de nuestra cabeza? A través de los siglos, el hombre ha soñado los caminos sagrados. El hallazgo de lo divino requiere un sacrificio transitorio que purifica su intención; de tal manera nuestro chamán es enviado con la mansedumbre del moribundo a las entrañas de la Tierra, y nues-

Piramidal funesta: ascenso al Pico de Orizaba

Omar Trinidad

El ascenso es el sueño vigente de los hombres, pero en dicha tentativa radica una prohibición mitológica: nadie debe subir, nadie debe pretender superar los límites de la razón práctica. Pero deseamos subir, y el anhelo de ver y ser como los dioses edificó la torre de Nimrod. La confusión fue el precio. Nadie resiste la revelación que busca.

tros videntes encuentran en la altura la esperanza de observar con la mirada de dios. Según Joseph Campbell, el camino de nuestros héroes implica la transformación irreversible de un estado de conciencia. La revelación profética es siempre individual. La visión mitológica patriarcal muestra en la civilización humana una predilección por las alturas. Nuestro origen telúrico se transformó en espacio de condenación, de modo que la madre Tierra recibió en su seno el Tártaro infernal, y con ello la enemistad ante el dios celeste, a quien se le entregó la santidad y el cetro de lo invencible. Entonces, es en la cima del Olimpo y no con Gea, es pues en la elevación de Sion y

no en los antros profundos de Satán, en donde el hombre busca y prefiere las epifanías. Así, los antiguos santos fueron arrancados del seno de Abraham y llevados a la nueva gloria; y para encontrar la perpetuidad, la sabiduría ancestral de la serpiente fue extirpada hacia los aires, y Quetzalcóatl recibió el plumaje y se volvió una estrella. La eternidad del milenarismo cristiano suplantó con éxito a la eternidad cíclica que ofrecía la Tierra.

En las sendas de ambas dimensiones míticas, telúrica y aérea, se pierde un poco el juicio. El entendimiento madura fatalmente en la demencia, en el nuevo desconcierto que ofrece el saber. El *ascenso* es el sueño vigente de los hombres, pero en dicha ten-

tativa radica una prohibición mitológica: nadie debe subir, nadie debe pretender superar los límites de la razón práctica. Pero deseamos subir, y el anhelo de ver y ser como los dioses edificó la torre de Nimrod. La confusión fue el precio. Nadie resiste la revelación que busca.

Llevado por el desafío ascendí a principios del año 2023 el Pico de Orizaba, y como representante de esta sociedad materialista y competitiva, mi primera reacción fue la de asumir el reto. Sabía de la dificultad y la experiencia se convirtió en una lucha contra el fracaso. Todos ahí pensaban lo mismo; la montaña fue para nosotros una conquista de nuestro ego.

Pero al llegar al Refugio Piedra Grande, la idea del desafío se sustituye por la del “respeto”. La presión y falta de oxígeno sobre los 4 230 metros sobre el nivel del mar realizan la primera selección, y mientras algunos miran entre el espacio abierto de las rocas la blancura fantástica del Pico, otros piensan seriamente en volver. Desde las alturas el bosque apenas es un sueño de nubes verdes cortadas por la niebla; crece la antigua sombra y un fantasma inmenso oculta nuestras vidas. El forastero observa el indiferen-

te espectáculo de las piedras y el viento. Yo recuerdo en silencio a Díaz Mirón, en donde dice “volcán enhiesto y cónico alardea, / como en robusta madre teta erguida”. No es lo mismo. A las seis de la tarde se finge el sueño para resucitar cansado a medianoche y comenzar la ruta.

Según nos narra Jacob Burckhardt en su libro *La cultura del Renacimiento*, Petrarca fue el primero en subir una cumbre por el único placer de la observación. Sin embargo, absorbido por la introspección en plena cúspide, buscó lo trascendente en sí mismo; en su pensamiento medieval aún no emergía la estética del espacio, que permitía pensar a la naturaleza como paisaje en el ámbito artístico, como ocurrió más tarde en el Renacimiento. Pero es Humboldt quien nos concede una sensibilidad nueva ante el paisaje; el cosmos fue para él la concentración lógica de los fenómenos vivos dinámicamente organizados. El acto de ascender la cima revela pues el síntoma espiritual de cada época, y si en un principio significó un atentado a la privacidad divina, pasó a ser un asunto estético en los sueños del hombre. Pero el hombre de hoy, ¿qué hace en las alturas del cielo? ¿Qué dice ahora de nosotros esta peligrosa empresa?

La sangre explota silenciosamente en mis párpados, no logro despertar a la experiencia de existir. Y mientras un mar celeste de luces duerme por siempre, en mis pasos descubro la fortaleza de mis años; avanzo como si fuera un muerto, “¿qué es estar en el presente?” Uno de los constantes pensamientos es el de volver a casa con la experiencia, pero ¿cuál experiencia? Los pasos son cortos pero efectivos para vencer el ascenso interminable. De pronto, se adivina la elevada presencia de murallas rotas que cortan

como espejos el imperio oscurecido de los astros; no es posible pensar en existir. Buscamos con urgencia el laberinto de rocas: nos absorbe con todo y sombra. La luna permite ver el blanco distante de una prominencia sagrada, glaciar de Jamapa. A los dominios del hielo arribamos con la voluntad intacta; comienza el verdadero ascenso, y mientras se ajustan las sogas a los cuerpos estatuarios, yo contemplo las luces artificiales del mundo esparcidas sin gracia. Prepara tu alma, sube.

Cuando José María Heredia pisó las alturas del Nevado de Toluca, describió un espectáculo expresionista de tintes prehistóricos que explican nuestra levedad; al buscar las huellas de Humboldt en el Chimborazo, Simón Bolívar recibió el mensaje de liberación de los pueblos. Y en estos días de incertidumbre, ¿qué tiene para nosotros el gran espectro de la cima? En la época de los dioses muertos o ausentes, ¿cuál es el vaticinio? ¿Acaso el ascender ya no tiene para el hombre un nuevo asunto? Las pisadas son vigorosas sobre el hielo. Mi espíritu dormido está sensible a la revelación. Caminamos de prisa; no hay tiempo para construir detenidamente el equilibrio mental. Los rostros son estatuas de ojos vivos en tanto que el frío devora nuestros dedos. Cada seis pasos llegan nuevas fuerzas; la urgencia de sobrevivir me impide comprender aquellas bellezas pálidas; mientras la escarcha del aire destruye mi garganta abierta, la existencia duele en la piel. Y cuando la cúspide imposible esboza nubes dolorosas, el horizonte sorprende al ojo abierto con la revelación de inmensas luces: hiere con espadas de sobriedad blanquísima, severos brillos del incendio; el amanecer alpino de Richard Strauss se mira en el aire, y en la distancia la “pirami-

dal, funesta, de la tierra nacida sombra” proyecta el espectro de fuego sobre la tierra de los vivos; abajo, arde furiosa en escarlata la firmeza erguida del risco, y en la quietud universal del cielo avanzan los sonidos de una sinfonía naranja, himno lejano y breve en donde se construye el día.

Aquí a mis pies, la cima, hago acto de presencia con un cuerpo medio vivo; en un movimiento contemplo con fuerza los abismos del cráter; ya los ojos cincelan el recuerdo insuperable. ¡Levanta el rostro!, un solo trazo construye las complejidades del espacio: el amarillo central de un fugaz pincel giratorio protagoniza en el azul distante los destellos transparentes del día. Y en las distancias laterales se descuidan en una sencillez borrosa los confines arqueados de la tierra.

Para los hombres que se preguntan en qué montaña está el dios, yo les digo que en ninguna. El ascenso a las cimas del mundo actual evidencia de todas formas nuestro estado espiritual. Las montañas se beben la angustia de los hombres; ellas son el lugar donde se ha de encontrar aquello que nos permita seguir buscando, que nos mantenga ascendiendo mientras persista el mito. Aun Sísifo asciende las colinas, lo impulsa la idea de buscar, de seguir subiendo. Es un héroe que no busca respuesta, sino la pregunta que lo mantiene ocupado por siempre. Y desgajado en vidrios milenarios, el glaciar de Jamapa resiste los calores de la negligencia humana, actividad constructora de ciudades, peregrino ignorante de sus misterios. **LPyH**

Omar Trinidad es egresado de la UV; escribe ensayo, practica la autoeducación y se dedica a la docencia.